

COSITAS ANTIGUAS

m. enero 27 / 1957

LOS ANTIGUOS MERCADOS

Por Carlos Robreño

Al inaugurarse en estos días un moderno Mercado en Carlos III, muchos habaneros jóvenes se han preguntado si es primera vez que en esa vieja avenida, en un tiempo paseo de los Capitanes Generales españoles y ahora ampliamente remozada, se ha instalado un comercio de tan grandes y populares proporciones.

Categoricamente responderemos que no. Ciertamente es que no estuvo limitado por anchas columnas de piedra y que enmarcaban espaciosos portales, como sucede con la histórica Plaza del Vapor y existían en la ya derruida del Polvorín, pero de todos modos, en los días angustiosos de la primera Guerra Mundial, cuando los artículos de primera necesidad escaseaban, se permitió en la avenida de Carlos III el llamado Mercado Libre, que lo constituían docenas y docenas de casillas para expendio de carnes, pescados y viandas colocadas en hileras junto a las aceras, a ambos lados del paseo, en las primeras cuadras que van desde Belascoain a Infanta.

Para cubrir al marchante, al comerciante, a la casilla y a la mercancía de los rigores del sol tropical o de las traidoras apariciones de esos chubascos breves pero acionados frecuentemente en estas latitudes, solamente se empleaban gruesos pedazos de lona como obligado dosel. Y hasta el Mercado Libre iba todo el pueblo de La Habana en aquella época en que se apagaban la farola del Morro y el Malecón para evitar un ataque por sorpresa de un submarino alemán y quien quería comer pan tenía que ir a buscarlo a Pogolotti, formando largas colas, desde por la madrugada como quien va a buscar un turno de un médico renombrado, frente a las panaderías de aquel lugar.

Como es natural, ese primer mercado de Carlos III tuvo corta duración. Razones de salubridad, de higiene, de ornato y de buen gusto decidieron su fin, no sin que antes quedara constancia de su existencia en una obra de "Al-

hambra", cuyo decorado fué pintado por aquel gran escenógrafo que se llamó "Pepito" Gomiz.

A este casi anárquico sistema sucedió el llamado Mercado Unico, situado cerca del madero y frente al antiguo paradero de Cristina, de donde salían los trenes de los ferrocarriles del Oeste. Y como es sabido, mucho antes, los capitalinos se abastecían en las conocidas "plazas" del Vapor y el Polvorín.

La primera de ellas se inauguró en tiempos del general Tacón, —constructivo y dictador— y por eso oficialmente llevaba tal nombre, aunque la tradición popular le ha conservado el de "Plaza del Vapor" originada por un enorme cuadro que estaba situado en uno de aquellos cafés con vista al exterior y al interior que tenía pintado un enorme buque.

Nosotros alcanzamos todavía algunos años de esplendor de esa habanerísima manzana a donde acudía toda la población en visperas de Noche Buena con el fin de adquirir a más bajo precio los obligados cochinos y lechones que allí se vendían en los ocasionales chiqueros que se colocaban en plena vía pública.

x x x

Después, la Plaza del vapor queda inhabilitada como tal, pero en su interior han seguido viviendo cientos de familias pobres, mientras en lo exterior las infinitas vidrieras convierten el vetusto edificio en la Bolsa del Bilete de Lotería y también se conservan algunos establecimientos comerciales que ofrecen al transeúnte los baratos sombreros de pajillas y los modestos trajes de "apeame uno".

La Plaza del Polvorín duró algo más en funciones de mercado y después de muchas dilaciones, fué echado abajo para erigir en ese lugar el Museo Artístico, desapareciendo con ello toda la bohemia, leyenda del restaurant "Los Industriales" y sepultados bajo sus escombros los trasnochadores del café "Las Américas".